

*“Metropolitan”. Prólogo de una película que no fue*

Al encenderse las luces después de una proyección de esta (?) de “Twentieth Century-Fox”, el público asistente se miró en las caras, un poco sonriente, otro asombrado, como diciéndose lo mismo que Hans Fallada a su hombrecito: “¿Y ahora, qué?” Porque “Metropolitan” termina justamente cuando uno se acomoda en el asiento a la espera de que empiece. ¿Se conoce tomadura de pelo mayor en la historia del cine? No. Tampoco proeza como la de Boleslawski, ese señor ruso que en un tiempo fue director cinematográfico: en el tiempo de “Tempestad al amanecer” y “Amantes fugitivos”. Porque hacerle imaginar a uno que recién va a empezar un espectáculo que ha durado cerca de hora y media y que se sustentó solo de un “blues” y tres arias operáticas de Lawrence Tibbett entra, más que en los dominios de la habilidad directorial, en los de la cartomancia y brujería.

A Tibbett, que sigue teniendo un vozarrón magnífico y haciendo temblar por eso mismo a los micrófonos y que sigue sin posibilidades de actor a causa de tener una cara “que no se usa”, lo oímos en la cinta como aperitivo de lo que vendría después y no vino. Si hubiéramos sabido que él solo era lo por venir, habríamos asistido con otro espíritu a este concierto cinematografiado, con programa característico de divo de ópera: “Largo al factótum” de “Barbero”: el “Toreador” de “Carmen” - ¡precisamente el “Toreador”, que está bien para que lo firme don José Padilla y no Bizet! - y el “Io sono il prologo” de “Pagliacci”. Y digo característico porque los contextos exigen programas especiales, de composiciones adecuadas al género, y no esta agrupación heterogénea de cosas que nada tienen que ver entre sí.

Ya saben Uds. lo que opino sobre la ópera en el cine, de modo que les haré gracia en esta instantánea del apóstrofe y del tono “tronituyente”, como decía las otras tardes García Sanchíz. Salvo dos detalles que se mencionan a renglón seguido, no tengo más que decir, pues aunque mis amigos opinan que tengo una vista asombrosa, al argumento no lo vi por ninguna parte. Es que iba a empezar cuando se concluyó “Metropolitan”.

Y ahora, los detalles: un afán por modernizar la decoración que parece resto de un vendaval cernido sobre Hollywood en forma de Bragaglia y que a veces cae en la charrería cuando se quiere acordar a él la plástica, el color, los trajes, como en la escena de la posada de Carmen; y un largísimo hacernos estar esperando las aves de corral que por fuerza habría de soltar Alice Brady cuando le tocara cantar. Tan largo que estropea casi absolutamente ese sabroso y comiquísimo momento.

R.A.D.